

Homilía del 22 de Marzo

Estoy seguro que a través de los años he hablado en algún momento acerca de mi sentimiento de tristeza a causa de las palabras de una querida amiga, dichas hace muchos años. Josephine, o Jo como la llamábamos, y su marido John, se hicieron amigos con Ruth y conmigo cuando estábamos en la escuela de posgrado y vivíamos enfrente uno del otro en los edificios que anteriormente habían sido el cuartel del ejército. Cuidábamos a sus cuatro niños cuando estaban en clase, y cuidaron a nuestros dos niños pequeños cuando estábamos en clase. Mantuvimos esa amistad con John y Jo y sus hijos durante años, y todavía nos manteníamos en contacto con John hasta su muerte en 2013. La ocasión de la cual hablo es una vez cuando Jo hablaba conmigo acerca de su miedo de «la pérdida de sí misma». Mientras hablábamos, ella me dijo, «No puedo hacerme una cristiana. Para hacerme una cristiana yo tendría que entregarme a mi misma, y eso es todo lo que tengo». Ya que sabía que ella y su familia asistían a una iglesia con alguna regularidad, estuve anonadado. No tengo ni idea lo que le dije. Lo que sé es que cada vez que me acuerdo de sus palabras, me siento extremadamente triste tanto porque ella realmente sabía lo que ser un cristiano significa como porque la Escritura nos dice que sólo tenemos lo que entregamos.

Hoy escuchamos las palabras de Jesús,

Yo les aseguro que si el grano de trigo,
sembrado en la tierra, no muere, queda infecundo;
pero si muere, producirá mucho fruto.
El que se ama a sí mismo, se pierde;
el que se aborrece a sí mismo en este mundo,
se asegura para la vida eterna.

En primer lugar, es importante reconocer que Jesús está usando hipérbole, la exageración que es típica de su cultura y su época, cuando dice, « El que se ama a sí mismo, se pierde; el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se asegura de la vida eterna». No está diciendo que no debemos cuidarnos acerca de nosotros mismos o que debemos odiarnos a nosotros mismos. Pero él está diciéndonos que el foco de nuestras vidas no debe estar en nosotros mismos. No somos el centro del universo. En los Evangelios según San Mateo, San Marcos, y San Lucas, encontramos palabras similares y esta aclaración: «¿De qué le sirve

Homilía del 22 de Marzo

al hombre ganar el mundo entero si se pierde o se disminuye a sí mismo?» (San Lucas 9:25). O «se destruye a sí mismo»? (San Mateo 16:26; cf. San Marcos 8:36).

Conozco a una mujer, incluso mayor que yo, que siempre ha parecido tenerse a sí misma como el foco de su vida. Ha parecido preocuparse que otros tenían más y más grandes y más nuevas posesiones que ella tenía. Ha parecido muy preocupada sobre su apariencia. Ha pasado mucho de su tiempo y dinero en lo que ella creyó ser la diversión. Incluso cuando su hijo estaba muriendo de cáncer, ella no les ayudó a él y a su familia aunque estaban en gran necesidad y ella podía permitirse ayudarlos. Raramente visitaba a su hijo moribundo. Su hija se hizo una adicta a la nicotina, el alcohol, y las drogas y fue encarcelada por robo para pagar por sus adicciones. Un nieto se hizo un adicto y, como su madre, fue encarcelado por el robo. Otro nieto no tiene ningún contacto con ella, ni tampoco lo hacen la mayoría de sus parientes. Ella me dijo que sus hijos dicen que odian el uno al otro. Cuando hablaba conmigo, me dijo que su vida estaba derrumbada y, en sus palabras, «mi familia está destrozada».

Verdaderamente ¿qué dará una persona a cambio de él mismo o ella misma? ¿Qué dará una persona por su vida? Recuerdo las palabras de una anterior estudiante cuando reflexionaba sobre lo que haría con el resto de su vida después de que se graduó de Iowa State. Ella empezó a hacerme una pregunta y en el proceso, ella encontró su propia respuesta a su pregunta. Como las recuerdo, éstas eran sus palabras: «¿Cuál es de tanto valor que una persona se dedicaría su vida a él? ¿O cuál es de tanto valor que una persona podría entregar su vida para él? ¿O hay una diferencia?» No necesité responder.

Como nos acercamos al Domingo de Ramos y a la Semana Santa, el Evangelio nos recuerda de la inminente muerte de Jesús, su crucifixión. Este es un tiempo de arrepentimiento, un tiempo reservado cada año cuando nosotros somos pedidos a elegir entre Cristo y nosotros mismos. Durante el resto de mi vida, me sentiré triste cuando recuerdo las palabras de mi amiga Jo. Y les digo a ustedes lo que Josué en el Antiguo Testamento les dijo a los Israelitas cuando él les llamó al arrepentimiento: «. . . si no quieren servir a Yavé, elijan ahora a quién servirán Lo que es yo y mi familia serviremos a Yave». Que el querido Señor nos dé a todos nosotros el valor a perseverar en fe y fidelidad.